

## Al encuentro con múltiples bellezas

### *Papel sensible*

JULIANA CASTRO VARÓN

Planeta Colombiana, Bogotá, 2022,  
184 pp., il.

CON EL cuestionamiento sobre el verdadero sentido de la vida, como una pregunta que se acrecienta con los años y que es planteada en el prólogo del libro bajo una cita de Virginia Woolf, extraída de *Al faro*, la autora abre una ventana al lector para que este se forme una idea inicial de lo que le espera al transitar *Papel sensible*. Cuando tome la decisión de explorar este libro de relatos, descubrirá que el gancho que lo atrapó radica en dos ingredientes esenciales: una sinceridad cercana a la confesión y el cuidado de no caer en la inconveniencia de demostrar certezas. El título, por sí mismo, invita a ser cómplice de una intimidad que desea abrirse poco a poco al mundo, aunque de inmediato no se logre adivinar sus razones.

Tal como advierte en otro apartado, más que un libro es una guía que contiene “un elenco de encuentros con la belleza”, y Juliana Castro Varón convierte su primera publicación en una alegoría del quehacer de una de las actividades que la han apasionado desde niña: la fotografía. El papel como soporte para la escritura, pero, a la vez, como medio revelador de recuerdos que la cámara ha congelado para la posteridad y que emergen desde la magia del laboratorio. En uno u otro formato, del nivel de sensibilidad implicado dependerá su connotación artística.

En realidad, *Papel sensible* podría entrar en la borrosa categoría de inclasificable y es justo esta apreciación provisional lo que intriga. Son en total 25 historias las que componen el libro, que bien podrían ser cuentos, microrrelatos, autoficciones ilustradas o fragmentos de un diario que huyen de los lugares comunes. Aunque cada una se enmarca en una etapa diferente de la vida de Juliana, lejos están de parecer dispersas. El hilo conductor que las ensambla es la vocación de graficar con palabras y dibujos la fuerza del tiempo como factor de cambio en los seres humanos; dicha fuerza solo sería medible de acuerdo con la capacidad

de cada individuo de desarrollar una intuición que logre visualizar las inspiraciones ocultas en las contingencias de la cotidianidad.

A partir de esta línea narrativa, la autora se otorga la licencia de modelar el texto como si fuese un álbum de fotos, en el que adopta diversas personalidades contenidas en una misma hasta conformar un perfil cercano para quien la está leyendo. Entonces, con toda naturalidad, en una página el lector se encontrará a una Juliana niña en casa de la abuela, en su natal Pereira, ensimismada en reflexiones no habituales para su corta edad, en el sentido de interrogarse si es posible capturar el aire dentro de un recipiente. En otra, vemos a la universitaria ávida de conocimiento durante su permanencia en la Facultad de Artes, en donde aprende a discernir entre las motivaciones estéticas de Louis Daguerre al producir la primera fotografía de la historia y las de Diego Velázquez cuando pintó su famoso cuadro *Las meninas*. Y, en otra más, aparecerá la mujer que empieza a afianzar su orientación sexual y sus conflictos con la religión hasta establecer un paralelo entre deseos y acciones, que al final acabarán por no diferenciarse para dar a entender que todos somos producto de las circunstancias, como ya se esbozó atrás.

Algo llamativo de este libro –que la editorial insinúa como de ensayo– es la mesurada frescura en su prosa, rasgo propio de una sabiduría juvenil que ha administrado muy bien sus aciertos y desaciertos, sin permitir que ninguno la desborde; aspecto que al parecer la autora ha configurado gracias a su formación literaria, complementada además con el diseño gráfico como otra de sus aficiones. Es importante detenerse un poco en este punto para ejemplificar el éxito de un producto. Para nadie es un secreto que el camino que conduce al universo comercial de los libros es angosto y, para conquistarlo, quizá la creatividad sea uno de los elementos determinantes. Juliana, al desenvolverse entre las aguas del diseño y las editoriales, hace uso de tal condición en esta prueba de difusión literaria; al respecto, resulta grato que *Papel sensible* sea un afortunado híbrido en donde confluyen intereses para un público general.

En otros términos, el lector contemporáneo es más tolerante a propuestas

emergentes y los encasillamientos cada vez se tornan más incómodos; por ello mismo, es destacable que una obra escrita sea bien recibida pese a contener elementos en apariencia irreconciliables en su estructura. En este libro, texto e imagen intercambian lenguajes desde sus respectivos ámbitos, creando uno nuevo para ampliar el horizonte descriptivo que Juliana pretende ofrecer. La muestra más visible de este juego es la exaltación de una fotografía del artista Duane Michals y su pareja sentados en una cama, la cual es recreada con un dibujo idéntico –presente en la carátula y en el centro del libro–, y una nota marginal escrita a mano en la que Michals explica el intenso amor que se tejió entre ambos como prueba auténtica de algo que fue hermoso, pero no funcionó. Esto resulta impactante para la autora porque, para ella, una ruptura sentimental es equiparable a un duelo y, por lo tanto, algo que remite a la sensación de pérdida.

Todos estos aditamentos son suficientes para valorar la inversión de la autora en recursos técnicos y literarios, a fin de proyectar su obra como una apuesta que no pretende deslumbrar con un despliegue de barroquismo terminológico, sino ser una especie de manual de herramientas prácticas para que cada quien se reconcilie consigo mismo. Aún es prematuro juzgar el grado de aceptación de esta obra por su corto período de circulación, pero, de seguir los positivos reportes por parte de los proveedores oficiales, se mantendrá en el tiempo como uno de los libros entrañables entre el segmento de la población intelectualmente inquieta. Cabe aclarar que esta caracterización tan solo es un indicio, ya que su trama puede abordarse sin un orden secuencial rígido, en beneficio de una mayor flexibilidad en la lectura.

Quizá un pecado para objetar sea que no pocas líneas aparecen algo cargadas de conmemoraciones familiares, corriendo el riesgo de que al lector puedan parecerle monólogos que, en vez de hacerlo partícipe del repertorio de vivencias al que Juliana trata de convocarlo, terminen haciéndolo sentir excluido por cuenta de posturas que aluden a preferencias muy personales. Sin embargo, este descuido se suple con una ingeniosa distribución de referentes culturales que, con una dosis de espontaneidad

a la hora de entablar relaciones entre ellos, propician simpáticas escenas que se superponen y que le robarán una sonrisa a quien las siga con atención. Esto se evidencia en la anécdota de la oblea comprada por Mick Jagger en La Candelaria, previamente al concierto de los Rolling Stones en Colombia, en 2016: “[...] el puesto de obleas de Janeth es como cualquier otro en Bogotá. [...] En la misma calle de Janeth hay media docena más, así que ella decide capitalizar su fama, imprime un afiche con la cara del cantante” (p. 51). Pero lo más importante es que difícilmente se permanecerá inmovible ante la necesidad imperante de descifrar los signos de la belleza que la vida suministra a cada instante y que son expuestos en el libro de sugestivas maneras.

Luego de recorrer esta especie de autobiografía intimista de Juliana Castro Varón, queda la impresión de que vida y obra son una sola dentro del argumento, evitando los artificios gratuitos para sumergirse en la diversidad real de sus experiencias. Este criterio se refleja en *Papel sensible*, en donde, así como la autora plasma el horror sufrido en el terremoto del Eje Cafetero en 1999, de igual modo cita a grandes personajes que han determinado sus propósitos creativos. Quizá la influencia permanente a lo largo de las páginas sea la de la figura materna, que se ratifica en uno de los textos más especiales del libro, titulado “Perdese”. Allí Juliana comparte una travesura infantil que consistía en extraviarse adrede en un supermercado, lo que en realidad se trataba de un ejercicio de afirmación de su identidad, a través del llamado por los altavoces de la auxiliar del establecimiento a su progenitora para informarle que la hija perdida (con nombre propio) había aparecido de repente en el puesto de información.

La brecha conceptual definida es que, más allá de pretensión de vanidades, se trata de manifestar que la memoria no es fiable porque prioriza detalles. A diferencia del saber, que nos conduce hacia los pequeños milagros. Esta podría ser la ruta que Juliana Castro señala, a través de su obra, para sobreponernos a nosotros mismos.

**Raúl Trujillo Ospina**